
LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS CIENTIFICOS

La ciencia y el negocio. La terapéutica vitamínica. El Haliverol.

Una de las mayores desventuras de la humanidad actual consiste en la existencia de tan estrecha vinculación entre los valores científicos de la medicina y los intereses comerciales. La angustia económica de los tiempos modernos tiende a industrializar toda clase de valores humanos y de esta emergencia casi nunca salen ilesos los principios que representan legítimamente la verdad y la doctrina.

Los médicos que buscamos todos los días en la prensa profesional y en la literatura que publican los laboratorios de investigaciones farmacológicas nuevos agentes eficaces, que contribuyan a resolver los problemas que todavía tiene pendientes la medicina, hemos tenido que ver con dolor cómo muchos hombres de ciencia, cuya palabra tenía antes el puritanismo y la unción de los maestros, han puesto su autoridad al servicio de empresas industriales poco escrupulosas y han abandonado el lenguaje sobrio y el sentido de relatividad que caracteriza a toda publicación científica, para entregarse a las más lamentables exageraciones, con las cuales se intenta convencer a la profesión de que tal o cual fármaco tiene propiedades sorprendentes, que la clínica no confirma.

Hace poco publicó una de las revistas médicas francesas de mayor prestigio una encuesta que titulaba: "*Où va la médecine?*". En síntesis, se formulaba a los colegas franceses esta pregunta: ¿La premura económica de la época actual llegará a borrar de la mente y del corazón de los médicos la investidura de apóstoles que los ha distinguido hasta ahora y el amor a la ciencia como noble mira del espíritu, para convertirlos en comerciantes vulgares? Intervinieron en el debate los más altos representantes de la medicina gala y la respuesta, por fortuna, fue negativa. Con todo, no se puede negar que se advierte en el mundo entero una sensible relajación de las costumbres científicas, y ante la influencia inmoral del dinero nadie sabe lo que nos guarde el porvenir.

* * *

Nos ha sugerido este breve comentario la circunstancia de que vamos a ocuparnos, con toda la brevedad posible, de un nuevo producto de gran interés científico, descubierto recientemente en los laboratorios de Parke, Davis & Cía., conocidos universalmente por su elevada categoría científica y por su poderosa posición económica.

Y es que nosotros, que nos preocupamos a todas horas por estos problemas, hemos logrado darnos cuenta de que Parke, Davis & C^o no significan solamente una firma comercial o un laboratorio de investigación, sino que representan una escuela, un sistema, una admirable norma de doctrina.

Puesto que vivimos en el mundo y hemos de pagar toda clase de materias primas, toda colaboración y todo género de servicios, cualquier empresa que aspire a perdurar y a mantener una organización perfecta tiene que fundarse sobre bases económicas y con aspiraciones de lucro. Pero la mejor manera de prosperar consiste en servir a la humanidad con exquisita pulcritud, con escrupulosa corrección y con tanta eficacia como lo vaya permitiendo el adelanto permanente de la investigación y de la técnica. Sacrificar la verdad científica ante el logro fácil de una especulación financiera es dar un paso torpe, que no lo dará nunca quien ha conquistado ya una posición que le permite colocarse por encima de todas las ambiciones pequeñas y transitorias.

Estos principios, mantenidos a través de medio siglo con una tenacidad admirable, han hecho que la voz de Parke, Davis & C^o se escuche con respeto en todos los centros médicos del universo, y es esa la razón —la única razón— de que nosotros vayamos a ocuparnos en estas columnas de uno de sus últimos descubrimientos.

* * *

Todo médico de alguna trayectoria profesional sabe muy bien que el aceite de hígado de bacalao es un medicamento importante. Su prestigio ha resistido el paso de los siglos y su eficacia ganó la conciencia popular, de tal modo que los enfermos que tienen tendencia a las afecciones del aparato respiratorio lo toman por su propia cuenta, sin necesidad de la indicación del médico.

Innumerables son las preparaciones farmacéuticas que existen hoy a base de este aceite, pero es preciso reconocer que, durante mucho tiempo, el medicamento se vino usando de una manera puramente empírica.

En el año de 1913 aparecieron, casi simultáneamente, los trabajos de McCollum y Dawis, por una parte, y por otra los de Osborne y Mendel sobre las vitaminas, esos principios todavía mal definidos desde el punto de vista químico, pero cuya influencia decisiva en la normalidad fisiológica ha sido demostrada experimentalmente de manera incontrovertible.

Estudios posteriores vinieron a probar que la eficacia terapéutica del aceite de hígado de bacalao se debía, de manera exclusiva, a su contenido en vitaminas A y D.

Todo médico práctico sabe, sin embargo, con cuántas dificultades se tropieza cada vez que se intenta prescribir a un enfermo este medicamento: el volumen considerable de las dosis que es necesario ingerir,

su tendencia a la rancidez, su olor repugnante para muchas personas, las regurgitaciones y eructos desagradables que ocasiona y los trastornos digestivos a que dá lugar, hacen que se vean privados de sus beneficios muchos pacientes en los cuales el aceite tiene indicaciones formales.

En la lucha permanente que los laboratorios de investigación mantienen, buscando soluciones cada día mejores para los problemas que la medicina tiene delante de sí, se hacen con frecuencia descubrimientos de mayor o menor trascendencia, que la confirmación clínica va incorporando poco a poco a la doctrina clásica.

Y uno de estos hallazgos, de reciente fecha, vino a resolver, en forma satisfactoria, las dificultades que presentaba la medicación vitamínica por el aceite de hígado de bacalao.

En las costas del Atlántico que limitan con Massachusetts y en las del Pacífico que lindan con San Francisco se encuentra un pez, llamado en inglés *halibut* y cuyo nombre científico es *hippoglossus hippoglossus*, cuyo hígado contiene un aceite que es incomparablemente más rico en vitamina A que el bacalao. Este ejemplar de la fauna marina no alcanza su completo desarrollo sino hacia los treinta años de edad, produce una carne que se aprecia como alimento exquisito, y en su estado adulto llega a un promedio de 300 libras de peso, habiéndose encontrado hembras de un peso de 500 libras, porque es de notar el hecho curioso de que la hembra alcanza un tamaño mucho mayor que el macho, que es relativamente pequeño.

Cuando la poderosa organización de Parke, Davis & Cía. se dió cuenta del alcance científico de este descubrimiento, emprendió la pesca del *halibut* en condiciones que llenaran todas las exigencias apreciables, y es así como hoy se dedican a esta labor numerosos barcos especiales, provistos de cámaras frigoríficas donde se colocan los hígados tan pronto como son extraídos, para llevarlos luego a una planta especial que extrae el aceite, lo filtra y lo refina en condiciones irreprochables.

Pero no se limitó su empeño a ofrecer a la profesión médica el aceite de hígado de *halibut* tal como sale de estas manipulaciones. Era necesario titularlo desde el punto de vista de su contenido vitamínico, para que la parte activa del medicamento ofreciera al médico la uniformidad necesaria, y de otra parte, no siendo paralelo su contenido en vitaminas, era preciso completar la dosis de vitaminas D para llegar a un producto perfecto. Lo primero se consiguió por medio de ensayos en animales de laboratorio y lo segundo por la adición de viosterol que contiene una proporción fija de vitamina D.

El medicamento definitivo, que la casa denomina Haliverol, se presenta en dos formas: en cápsulas o perlas que contienen cada una diez gotas de aceite y cuyo efecto terapéutico equivale al de tres cucharadi-

tas de aceite de hígado de bacalao de la mejor calidad, en lo que se refiere a la vitamina A, a más de 250 unidades de vitamina D, y en gotas, para administrar a los niños, con idéntica proporción de principios activos.

Lo que significa este adelanto en la terapéutica lo podrá apreciar todo médico cuando sepa que en un medicamento de actividad siempre uniforme, casi sin volumen apreciable y sin molestias inmediatas ni tardías, puede administrar a sus enfermos las cantidades suficientes de vitaminas A y D, echando definitivamente al olvido el repugnante aceite de hígado de bacalao.

Las indicaciones del nuevo producto Haliverol son muy numerosas y se deducen, naturalmente, de sus ingredientes activos. Es bien conocida la acción antiinfecciosa y promotora del crecimiento de la vitamina A, como lo demostraron de manera concluyente los trabajos de E. Vogt. Posteriormente se ha comprobado con numerosísimos trabajos de experimentación que dosis adecuadas de la misma corrigen el descenso ponderal, aseguran el crecimiento normal de los niños y corrigen la tendencia a las infecciones del aparato respiratorio, por lo cual ofrece esta medicación un interés especial en los casos de tuberculosis.

En cuanto a la vitamina D, aparte de ser el tratamiento específico del raquitismo infantil, influye en la retención y en el metabolismo del calcio y del fósforo, cuya deficiencia conduce a condiciones patológicas muy complejas para ser enumeradas en este breve comentario.

Resulta, en consecuencia, que las indicaciones del Haliverol en clínica son muy numerosas, y que el médico encontrará en este medicamento un recurso precioso para tratar el raquitismo, la tetania infantil, la espasmofilia, los fenómenos de hiponutrición, las deficiencias cálcicas de la gravidez y de la lactancia, la tendencia a las infecciones respiratorias y, en general, las enfermedades llamadas por carencia y ciertos estados muy difíciles de clasificar en una categoría patológica determinada, que se caracterizan por inferioridad fisiológica, pérdida de peso y decadencia de la euforia normal, muchos de los cuales no son sino la traducción somática de una deficiencia vitamínica compleja.

Atentos siempre a los adelantos permanentes de la medicina, hemos creído prestar un servicio de alguna importancia a la profesión médica colombiana haciendo esta síntesis modesta del estado actual de la terapéutica de las avitaminosis, que aunque no encierra de parte nuestra ningún conocimiento original, contribuye a difundir rápidamente en todas las esferas profesionales un excelente principio de doctrina, que todo médico digno debe profesar con irrevocable decisión y que podría condensarse en una frase breve: mantener el espíritu cindinar el negocio —inevitable y prosaico— a normas inmutables de tífico puro por encima de todas las preocupaciones inferiores y subprobidad profesional.

Dr. Luis Ardila Gómez.